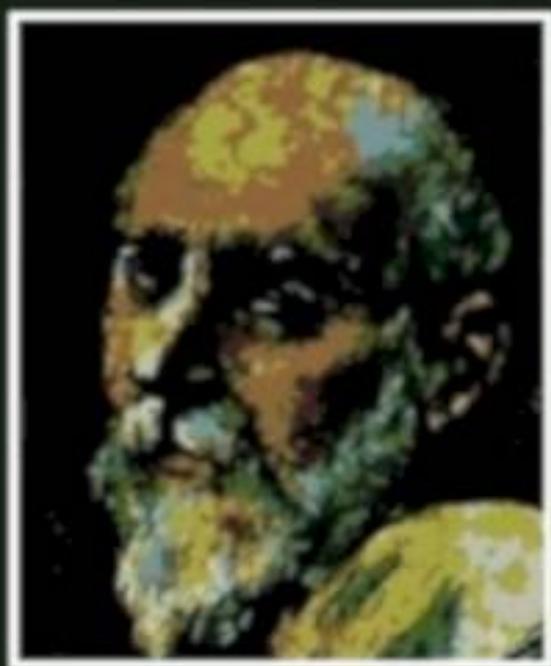


NIKO KAZANTZAKIS

CARTA
AL
GRECO



RECUERDOS DE MI VIDA

«Clamo a la memoria de este recuerdo, reúno mi vida dispersa en el viento; de pie como un soldado ante el general, hago mi informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores vivientes o extintos». Éste es el testamento de Kazantzakis, la obra que emprendió en 1956. Es de imaginar la riqueza y el valor documental excepcional de este texto en que Kazantzakis explica la génesis de cierto número de sus obras —novelas, teatro, y sobre todo la *Odisea*— y de paso precisa su significación filosófica, moral o religiosa. Así mismo, la *Carta al Greco* aclara, sin proponérselo, los procedimientos de creación del escritor, pues aquí se dan temas y hechos ya observados en su obra novelesca. La *Carta al Greco* —juntamente documento literario y confesión de un alma excepcional— ocupa el primer puesto en la obra de Kazantzakis, cuyo noble tono logra elevar a un nivel de gracia insuperable. “Mi alma entera es un grito y mi obra entera es la interpretación de este grito”. NIKO KAZANTZAKIS

Índice de contenido

Cubierta

Carta al Greco

Cómo vi escribir «Carta al Greco»

Carta al Greco

Los antepasados

El padre

La madre

El hijo

La escuela municipal

La muerte del abuelo

Deseo de huida

Naxos

Libertad

Disturbios de adolescencia

Otra máscara más

Las dos grandes heridas

La iluminación

La irlandesa

Atenas

Regreso a Creta

Cnossos. El abate Mugnier

Los derviches

Un año de viaje: Grecia

Mistra

Italia

Regreso a Grecia

Mi amigo poeta

El monte Athos

Jerusalén

Primavera llena de gracia

Sodoma y Gomorra

¿Me haré monje?

Regreso a Creta

París: Nietzsche, el gran mártir

Dioniso crucificado

Eterno retorno

El corazón del hombre

Al borde del abismo

Enfermo en Viena

Buda

En Berlín una judía

Conjurar a Buda con palabras

Conjuro a Buda por la carne

El Caucaso

El regreso del hijo pródigo

Alexis Zorba

La semilla de la «La Odisea» germina en mí

La muerte de mi padre

La mirada cretense

Al Greco

Notas

CÓMO VI ESCRIBIR «CARTA AL GRECO»

DIEZ años, diez años más pedía a su dios Nikos Kazantzakis para concluir su obra, para decir lo que tenía que decir, para «vaciar»se. «Que venga después la Muerte y sólo encuentre un costal de huesos». Con diez años le bastaría: por lo menos así creía él.

Pero no era Nikos Kazantzakis de aquellos que «se vacían». A los setenta y cuatro años no sólo no se sentía viejo y fatigado, sino incluso después del último trágico incidente —la vacuna en Cantón y el secuestro en el hospital de Copenhague— había rejuvenecido o, como él afirmaba, se había regenerado. Dos grandes sabios de Freiburg (a orillas del Breisgau), el hematólogo Heilmayer y Kraus el cirujano, lo confirmaban.

—Dieser Mann ist gesund! Ich sage es Ihnen! Ich sage es Ihnen! —exclamaba con aire triunfal el profesor Heilmayer después de la consulta diaria, durante todo el último mes—. ¡Su sangre es actualmente igual a la mía!

—¿Por qué corres así? —lo regañaba yo, temiendo que resbalase en las baldosas enceradas y se rompiera un hueso.

—¡No temas, Lenotschka, tengo alas! —respondía y sentíase que tenía confianza en su organismo y en su alma, que no se rendían.

—¡Si por lo menos pudiera dictarte! —suspiraba a veces y, cogiendo el lápiz con un movimiento nervioso trataba de

escribir con la mano izquierda. (La derecha aunque fuera de peligro, estaba todavía vendada).

—¿Por qué tanto apuro? ¿Quién te corre? Ya está listo, nos hemos tragado el burro, sólo nos falta el rabo... Unos días más, y podrás escribir...

Volvía la cabeza, me miraba un momento sin hablar, suspiraba:'

—Tengo demasiadas cosas que decir. Hay tres nuevos asuntos que me hostigan. Tres nuevas novelas. Pero primero tengo que terminar el Greco.

—¡Lo terminarás!

—Lo modificaré. Ahora sí que sé escribir. ¡Ya verás! Toma una hoja de papel y un lápiz, veamos si alcanzo a dictarte...

Nuestra colaboración duró apenas unos minutos.

—¡Imposible! No sé dictar. Sólo puedo pensar con el lápiz en la mano: «Antepasados... Padres... Creta... Infancia... Atenas... Viajes... Sikelianos... Viena... Berlín... Prevelakis... Moscú...»

Recuerdo ahora otro momento crítico de nuestra vida. Otra clínica, aquella en París. Y Nikos gravemente enfermo, un absceso formado de nuevo por descuido o por ignorancia, 40° de fiebre; los médicos, pesimistas. Todos creían lo peor; sólo él imperturbable.

—¡Toma el lápiz, Lenotschka!

Y, con voz apenas audible, que emergía de las aguas insondables del subconsciente, empezó a dictarme los dísticos franciscanos que había puesto en boca del Santo:

«He dicho al almendro: Háblame de Dios, hermano. Y el almendro floreció».

Ahora, antes de partir para China, había confiado el manuscrito del GRECO a un joven pintor, a su partera, como lo llamaba, que venía al alba, subía a su escritorio y empezaba los eternos «¿De dónde?» y «¿Adónde?» y «¿Hasta cuándo?», todas las grandes preguntas sobre Dios, el hombre y el arte. Nikos reía, admiraba el fervor del muchacho y su

amor ardiente por su arte y... «echaba al mundo». Echaba al mundo sus ideas y se sentía aliviado...

—¡Puede ser que nuestra casa se incendie! —le dijo un día—. Le confío mi manuscrito. Si se quemara, nunca podría volver a escribirlo. Sólo lamento no haberlo terminado.

Pero ¿cómo terminarlo? ¿Qué es lo que no ha hecho estos últimos meses, antes de la partida?

Empezó la CARTA AL GRECO en el otoño de 1956, al regresar de Viena. Cuando descansaba de la Carta, reanudaba la traducción, en verso y sin encabalgamiento, en griego moderno, de la ODISEA de Homero que realizaba con el profesor Kakridis.

—¡Tenemos que terminarla a tiempo, no bajar a los Infiernos con un solo pie! —decía entre irónico y asustado.

Y, simultáneamente, con un ritmo forzado, llegaban fragmentos de la traducción inglesa de su propia ODISEA. Páginas enteras de palabras difíciles de traducir. ¡Cuánto tiempo, cuánto esfuerzo le supuso este trabajo! Y además, la edición de su Obra completa, en Grecia. Textos que revisaba, otros, perdidos —como Rusia—, que debía volver a escribir. Pierre Sipriot, que le reclamaba las Entrevistas para la R. T. F. La película de Sassin, otra Spyros Skouras... Y la preparación para un viaje a la India, donde nos invitaban, pero donde no nos atrevíamos a ir, a causa de las múltiples vacunas obligatorias.

Sí, Nikos Kazantzakis no ha tenido tiempo de hacer la segunda «redacción» de su autobiografía, tal como tenía por costumbre. Sólo ha tenido la posibilidad de volver a escribir el primer capítulo y uno de los últimos: CUANDO LA SEMILLA DE LA «ODISEA» GERMINÓ EN MÍ. Aún tuvo tiempo de releer por lo menos una vez todo y hacer algunas correcciones con lápiz.

Vuelvo hoy a ver, en mi soledad, el crepúsculo otoñal, cuando bajó ligero, como un niño, con el primer capítulo:

—¡Lee, lee, niña, lee que te escucho!

«—Reúno mis herramientas: la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto, id mente. Ha caído la tarde, la jornada de trabajo concluye, vuelvo como el topo a mi casa, a la tierra. No es que esté cansado de trabajar, no lo estoy, pero se pone el sol...»

No pude seguir. Mi garganta se estrechó. Por primera vez Nikos hablaba de la muerte.

—¿Por qué escribes como si fueras a morir? —exclamé realmente enloquecida. Y para mí: «¿Por qué acepta de pronto la muerte?»

—¡No, no, no moriré, compañera, no hagas caso! Viviré todavía diez años, ¿no lo hemos dicho? —respondió sin ninguna vacilación—. Necesito diez años más —repitió y extendió la mano para tocarme la rodilla—. Vamos, léeme, veamos lo que acabo de escribir.

Me lo negaba a mí, pero quizás él lo supiera. Porque aquella misma tarde, metió en un sobre el capítulo en cuestión acompañado de una carta para Pandelis Prevelakis: «Eleni no ha podido leer, ha estallado en sollozos. Pero es que empieza a acostumbrarse, que yo también me acostumbro...»

Su demonio interior lo impulsó probablemente a abandonar el TERCER FAUSTO, que tanto deseaba escribir, para comenzar la CARTA AL GRECO.

Verdad y mentira entremezcladas. ¡No, mentiras no! Mucha verdad y algunas invenciones. Algunas fechas intercambiadas. Cuando habla de otros, siempre la verdad, tal como la ha visto y oído. Cuando habla de sus tribulaciones personales, algunas ligeras variantes.

Pero una cosa cierta: si hubiera vuelto a su manuscrito, lo habría modificado. No sabemos cómo lo hubiera hecho. De todos modos, lo hubiera enriquecido.

Cada día recordaba nuevos episodios olvidados. Y lo ajustaría —lo creo firmemente— al dominio de la realidad. Porque su verdadera vida estaba llena de sentido, de angustia humana, de alegría y de pena, de «humanismo», di-

gámoslo de una vez. ¿Por qué cambiarlo? No es que le hayan faltado los momentos difíciles de la insuficiencia, de la huida y del sufrimiento. Pero precisamente estos momentos difíciles han sido para Nikos Kazantzakis nuevos peldaños para subir más alto, para intentar llegar a la cumbre, allí donde se había prometido a sí mismo llegar, antes de guardar sus herramientas de trabajo.

—No me juzgues como un hombre —me suplicó un día otro combatiente—. No me juzgues por mis actos. Júzgame como si fueras Dios, por la intención secreta que tienen mis acciones.

Así, pensé, es como debemos juzgar a Nikos Kazantzakis. No por lo que ha hecho, y ya lo creo que lo que ha hecho tiene valor intrínseco. Pero, por lo que quería hacer, y ya lo creo que lo que quería hacer tenía altísimo valor para él y para nosotros.

¡Vaya si lo tenía! En treinta años a su lado, no recuerdo haberlo visto sonrojarse de uno de sus actos. Era honesto, sin astucia, inocente como un recién nacido, dulcísimo con los demás, salvaje, implacable consigo mismo. Se retiraba a la soledad, no porque no amara a los hombres, sino porque estaba abrumado por su obra y sus horas, las sentía contadas.

—Tengo ganas de hacer lo que dice Berenson —solía decirme hacia el final de su vida—. Bajar a la esquina, extender la mano y mendigar a los que pasan: «¡Por favor, dadme un cuarto de hora!»

Clavaba sus ojos, muy pequeños, muy redondos, muy negros en la penumbra —y que sin embargo eran color de avellana— se humedecían conservando siempre su sonrisa. ¡Ah, un poco de tiempo más, para terminar mi obra! ¡Después, la Muerte será bien venida!

¡Maldita sea! Vino y lo ha tronchado en la flor de su juventud. Sí, no sonrías, lector desconocido, porque acababa de florecer y de dar fruto el que tanto has amado y tanto te ha amado, tu Nikos Kazantzakis.

ELENA N. KAZANTZAKI
Ginebra, 15 de junio de 1961

Mi alma entera es un grito y mi obra entera es la interpretación de este grito.

Mi *Carta al Greco* no es una autobiografía: mi vida personal sólo tiene un valor, muy relativo, para mí y para nadie más. El único valor que le reconozco es éste: su lucha por ascender palmo a palmo y por llegar tan alto como lo permitían su fuerza y su obstinación a la cima que por mi cuenta he denominado la Mirada Crítica.

Encontrarás, pues, lector, en estas páginas la línea roja, hecha con gotas de mi sangre, que jalona mi camino entre los hombres, las pasiones y las ideas. Todo hombre digno de ser llamado hijo del hombre carga su cruz sobre sus hombros y sube al Gólgota. Muchos, los más numerosos, alcanzan el primero, el segundo, el tercer grado, jadean, se desploman en medio de su marcha y no llegan a la cumbre del Gólgota —quiero decir a la cima de su deber: ser crucificados, resucitar, salvar sus almas—. Desfallecen, la cruz les infunde miedo, no saben que la crucifixión es el único camino de la resurrección, que no hay otro.

Ha habido cuatro grados decisivos en mi ascensión, y cada uno de ellos lleva un nombre sagrado: Cristo, Buda, Lenin, Ulises. Esta marcha sangrienta de una de estas grandes almas a la otra, ahora que ya se pone el sol, trato de trazarlo en este cuaderno de viaje: cómo un hombre asciende, extenuado, la montaña abrupta de su destino. Mi alma entera es un grito y mi obra entera es la interpretación de este grito.

Siempre, durante toda mi vida, una palabra no ha dejado de tiranizarme y de azotarme: la palabra Subida. Quisiera pintar aquí esta subida, mezclando la imaginación y la verdad. Y también las huellas rojas que ha dejado mi ascensión. Y me apresuro, antes de llevar el «casco negro» y ba-

jar al polvo, pues esta línea sangrienta será la única huella que dejará mi paso por la tierra: lo que he escrito, lo que he hecho, está inscrito y grabado en el agua y ha desaparecido.

Clamo a la memoria que recuerde, recojo mi vida dispersada en el viento; de pie como un soldado ante el general, hago mi Informe al Greco; porque él está amasado con la misma tierra cretense que yo y porque puede comprenderme mejor que todos los luchadores que viven o han vivido. ¿Acaso no ha dejado él la misma huella roja en las piedras?

CARTA AL GRECO

RECOJO mis herramientas: la vista, el oído, el olfato, el tacto, el espíritu. Ha caído la tarde, termina la jornada de trabajo, vuelvo a mi casa como el topo a la tierra. No es que esté cansado de trabajar, no estoy cansado, pero ya se pone el sol.

Se ha puesto el sol, las montañas se han desvanecido, las cordilleras de mi espíritu retienen un poco de luz en sus cumbres, pero ya se extiende la noche sagrada; surge de la tierra, desciende del cielo y la luz ha jurado no rendirse. Pero la luz sabe que no tiene salvación: no se rendirá, se extinguirá.

Yo echo alrededor una mirada postrera: ¿a quién decir adiós? ¿A qué? ¿A las montañas, al mar? ¿A la parra vendimiada, a la virtud? ¿Al pecado, al agua fresca? Esto no sirve de nada, de nada: todas las cosas bajan a la tierra conmigo.

¿A quién confiar mis alegrías y mis penas, las secretas pasiones quijotescas de mi juventud, más tarde el choque áspero con Dios y con los hombres, y por fin el salvaje orgullo de la vejez que arde pero se niega, hasta la muerte, a convertirse en ceniza? ¿A quién contaré cuántas veces, al escalar con pies y manos la pendiente de Dios, he resbalado y caído y cuántas veces me he erguido, cubierto de sangre, para volver a trepar? ¿Dónde encontrar una alma sacudida por mil golpes pero indomable, como la mía, para confesarme a ella?

Aprieto con calma, con compasión, un terrón de tierra cretense en mi mano. Siempre la tuve conmigo a lo largo